

# **LA GLOBALIZACIÓN: ¿HACIA UN MUNDO SIN FRONTERAS?**

**Marcelino Agís Villaverde**

**Universidad de Santiago**

## **El hombre descubre la tierra**

El día 20 de julio de 1969 se produjo el fenómeno más paradójico de cuantos registra la historia de la humanidad: el hombre, creyendo descubrir la luna, descubre la tierra. Muchos millones de personas lo han visto desde entonces gracias a las cámaras de televisión instaladas en la nave Apolo 11. Neil Armstrong desciende torpemente por la escalera externa del módulo lunar y tras poner pie en la luna pronuncia su célebre frase: "un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad". Nada había fallado en esta ambiciosa misión, ni siquiera la puesta en escena, lo que llevó a más de uno a dudar si de verdad aquellas imágenes eran reales o tan sólo un artificio cinematográfico.

La llegada del hombre a la luna se había culminado con éxito, demostrando así como las más grandes fronteras se precipitaban ante la tenacidad y el ingenio humano. No obstante, todos cuantos estaban siendo testigos de aquel evento glorioso tardaron en percatarse de que otra imagen, en apariencia insignificante, quedaba grabada en la memoria colectiva de la humanidad y habría de traer consigo una profunda transformación en nuestra concepción del mundo. Desde la escotilla del módulo de mando de su cápsula espacial, Neil Armstrong no puede contener la emoción al contemplar nuestro planeta: la tierra es una esfera de reducidas dimensiones, maravillosamente esmaltada en tonos blancos y azules.

Así es, vista desde el espacio, la tierra era un minúsculo punto, plenamente abarcable con el pulgar de una mano. Desde esta nueva perspectiva, no sólo podíamos destronar a nuestro planeta como centro del universo, sino también apreciarlo desnudo de misterios, absolutamente y para siempre diáfano. ¿A dónde habían ido a parar los dos infinitos de Pascal, inabarcables para el hombre? ¿o la increíble proeza de haber ampliado las dimensiones del mundo tras el

descubrimiento de un nuevo continente, al que llamaron el nuevo mundo? Tras la gesta de Colón ni la tierra tenía finisterres, ni el mar terminaba en un punto a partir del cual había dragones. Luego vendrían batallones de exploradores, científicos, misioneros, aventureros, políticos y comerciantes que se encargarían de arribar a los puntos geográficos más recónditos. Todos ellos condujeron, en mayor o menor medida, a demostrar lo que desde antiguo venían predicando algunas escuelas filosóficas y alguna que otra religión: los hombres somos ciudadanos del mundo. La prueba empírica fue, sin duda, la filmación de la tierra que trajeron los astronautas y posteriormente la realizada desde los satélites de comunicación que el hombre sitúa alrededor de la órbita terrestre. Desde el espacio nuestro planeta recupera un carácter unitario, morada presta para todos los hombres, tal y como habían defendido los estoicos.

Ciertamente, el espíritu cosmopolita predicado por el estoicismo, tanto en lo político como en lo moral, constituía un precedente filosófico de aquella visión unitaria de la tierra que conmueva a Neil Armstrong y cuyas esencias están contenidas en el más reciente término *globalización*, él mismo globalizado.

### El término en sus términos

El término "globalización" recoge una evidente aspiración universalista al construirse a partir del nombre genérico con que en ocasiones nos referimos a nuestro planeta: el globo terráqueo. Tal universalismo es de muy distinto signo al filosófico y político predicado por los estoicos<sup>1</sup>, al universalismo moral y de salvación del cristianismo, al universalismo igualitarista de las dos revoluciones ilustradas: la americana y la francesa<sup>2</sup>; y, desde luego, antitético, con respecto a la revolución universal de signo comunista predicada por el marxismo.

Esta es la razón que ha llevado a distintos estudiosos del tema a distinguir el término "globalización" de otros semejantes tales como "globalidad" o "globalismo". Vale la pena comenzar por estas precisiones terminológicas, aunque ello suponga

---

<sup>1</sup> Plutarco sintetiza a la perfección los ideales universalistas del estoicismo: "Zenón escribió una República muy admirada, cuyo principio es que los hombres no deben separarse en ciudades y pueblos que tengan cada uno sus leyes particulares, pues todos los hombres son conciudadanos, ya que para ellos existe una sola vida y un solo orden de cosas,... Lo que Zenón escribió como un sueño lo realizó Alejandro... Reunió como en un cráter a todos los pueblos del mundo. Ordenó que todos considerasen la tierra como su patria, su ejército como su acrópolis, a las gentes de bien como a parientes y a los malvados como extranjeros" PLUTARCO: *De la fortuna de Alejandro*; VI. Cit. por TOUCHARD, J.: *Historia de las ideas políticas*; vol. I, Barcelona 1990, p. 84.

<sup>2</sup> Sobre este tema puede verse la magnífica conferencia de GARCÍA DE ENTERRÍA, E.: "La doctrina de la democracia y el control judicial de la administración"; en AGÍS VILLAVERDE, M. (ed.): *Conferencias do Foro Universitario*; Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago, 1999, pp. 25 ss.

una cierta ralentización del discurso, porque una de las características perversas de la globalización es que "el paso de lo internacional a lo 'global' se ha producido tan rápidamente que la interpretación del fenómeno se ha reducido a un discurso de legitimación de grandes empresas"<sup>3</sup>. Las fulgurantes actuaciones de la economía de mercado a nivel planetario han ido por delante del pensamiento y el fenómeno de la globalización ha adolecido, especialmente en sus inicios, de una reflexión sosegada sobre sus ventajas e inconvenientes, de una contrapartida crítica que estableciese los límites más allá de los cuales los efectos positivos se tornan perversos.

En el best-seller que Manuel Castells ha escrito a propósito de la nueva era de la información y de la sociedad de redes se cuida de distinguir economía mundial de economía global. "Una economía global -afirma- es una realidad nueva para la historia, distinta de una economía mundial. Una economía mundial, es decir, una economía en la que la acumulación de capital ocurre en todo el mundo, ha existido en Occidente al menos, desde el siglo XVI, ... Una economía global es algo diferente. Es una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria"<sup>4</sup>. Esta capacidad de la nueva economía para transformarse en global se debió, en gran medida, a los avances de la tecnología de la información y la comunicación que se produjeron a finales del siglo XX. La economía y con ella el mundo entero parece no tener fronteras: la producción y distribución se realiza a escala global, apoyándose en sofisticadas redes e infraestructuras de comunicación. El sueño capitalista de la ampliación de mercados llega a su punto culminante porque ahora el mundo entero es un mercado potencial para la nueva economía.

En sentido análogo se pronuncia Ulrich Beck cuando distingue entre globalidad y globalización. Con respecto al primer término afirma que "*hace ya bastante tiempo que vivimos en una sociedad mundial*", de manera que la tesis de los espacios cerrados es ficticia. No hay ningún país ni grupo que pueda vivir al margen de los demás. Es decir, que las distintas formas económicas, culturales y políticas no dejan de entremezclarse"<sup>5</sup>. Veremos más adelante hasta qué punto las economías, culturas y políticas de los distintos países se entremezclan. Aceptemos, por el momento, que la globalidad es uno de los logros de la época moderna, término sinónimo al de "sociedad mundial" en donde cabe la interrelación entre los países pero manteniendo sus propias diferencias. Hablar de sociedad mundial equivaldría, por tanto, a hablar de "pluralidad sin unidad". La globalización, en cambio, tiene para Ulrich un

---

<sup>3</sup>MATTELART, A.: "¿Cómo resistir a la colonización de las mentes?", en AA.VV.: *Pensamiento crítico vs. pensamiento único*; (Le monde diplomatique -edición española-), Ed. Debate, Madrid 1998, p. 26. (En adelante citaré esta obra como PCPU).

<sup>4</sup>CASTELLS, M.: *La Era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1: La sociedad de Red*; Alianza Ed., Madrid 1999 (3), pp.119-120.

<sup>5</sup>BECK, U.: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*; Paidós, Barcelona 1998, p. 28.

significado distinto. "La globalización significa los *procesos* en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios"<sup>6</sup>. De nuevo debemos dejar en suspenso una cuestión sobre el poder real de los Estados nacionales en el marco de la globalización para insistir, por el momento, en que la globalización es un fenómeno que abarca distintos ámbitos, tales como el económico, cultural, político, social o ecológico entre otros posibles.

Nos guste o no, la globalización ha terminado por imponer su lógica porque las premisas sobre las que se ha construido han sido asumidas como uno de los más excelsos frutos de la evolución de la humanidad: ensanchamiento del campo geográfico y de las relaciones internacionales, carácter global de la red de mercados financieros y de las multinacionales, espectacular revolución en el ámbito de la información y de las tecnologías de la comunicación, complacencia universal en la necesidad de respetar los derechos humanos y en la democracia como forma ideal de gobierno, expansión mediática de un estilo de vida y de una forma de entender la cultura. Y junto a estos principios aceptados en teoría por todos, un conjunto de peligros que se ciernen con idéntico carácter global sobre los hombres: el deterioro del medio ambiente, la pobreza que ocupa no sólo las grandes áreas del tercer mundo sino también importantes grupos de marginados sociales en el primero; los conflictos transculturales, religiosos, políticos. Si alguien tenía dudas sobre el hecho de que cualquier cosa que ocurra en el mundo, en el nuevo marco de la globalización, es asunto de todos, los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos se han encargado de resolverlas amargamente.

### Las máscaras del mito

El rutilante esplendor de la globalización fue aclamado por buena parte de la población como un éxito de la economía capitalista y del liberalismo. Los medios de comunicación globales transmitían al mundo sus bondades. En poco tiempo la tierra sería esa "aldea global" unificada por las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Un mundo en el que, tras la caída del muro de Berlín en el año 1989 (del que, por cierto, se cumplen mañana 12 años), habrían desaparecido las ideologías y sólo quedarían las leyes del mercado. Defenestradas las ideologías, enterrado el ideario socialista bajo los cascotes del muro, ya sólo tendríamos en nuestras manos y en nuestro corazón un único pensamiento, que por eso mismo se bautizó como "pensamiento único", el oficial, el triunfante, el que salió victorioso tanto de la guerra fría como de otras. No adherirse a él, situarse críticamente frente a dicho pensamiento, era cerrar los ojos a la realidad pues, como afirmó Alain Minc

---

<sup>6</sup> Op. cit. p. 29.

para cortar por lo sano cualquier posibilidad de crítica: "no es el pensamiento, es la realidad la que es única"<sup>7</sup>. Es en este contexto de entusiasmo irreflexivo cuando Fukuyama anuncia el final de la historia: todo está cumplido y vivimos en el mejor de los mundo posibles.

Ni Moro en su *Utopía*, ni Campanella en su *Ciudad del Sol* habrían podido imaginar un mundo ideal tan perfecto, un mundo feliz en el que el consumo y el bienestar dominaban la tierra. Un mundo donde la disidencia estaba ahogada en medio de un empacho informativo y donde la religión oficial era dictada a través de los medios de comunicación de masas. Cualquier persona alcanzada, siquiera levemente, por una cámara de televisión adquiriría parte de su fuerza sagrada. Y las sociedades más que gobernadas por los poderes legítimamente constituidos parecían obedecer la voz en off de la publicidad. Una sociedad secularizada que tenía a sus nuevos dioses en las estrellas del cine, del deporte o de la canción. Un mundo cuyos gustos y modas traspasaban fronteras. Las multinacionales se encargaron de establecer el significado de ser jóvenes y, un día descubrimos que la decisión más grave que podíamos tomar en la vida era decidir si nuestro refresco debía ser de naranja o limón. Sabíamos, eso sí, que había otros mundos en los que hombres, mujeres y niños morían de hambre, de sed, o en las múltiples guerras que tenían lugar a miles de kilómetros, calamidades naturales que añadían a la pobreza un grado más de indigencia y desesperación. Imágenes desgarradoras pasan ante nuestra mirada distraída a la hora del almuerzo hasta volvernos completamente insensibles al dolor ajeno. También la retina coge callo ¿quién lo diría? Aprendimos a retraer la mirada, fijándonos únicamente en nosotros mismos. El hombre se instaló en las formas más extremas del individualismo, apelando para tranquilizar su conciencia a un relativismo moral en el que la satisfacción de las propias necesidades marcaba las pautas de nuestras acciones. El culto al cuerpo y otras modalidades narcisistas llenaron el vacío de los grandes ideales y a falta de un Dios todopoderoso en el que seguir creyendo el hombre occidental recurrió a hechiceros de pacotilla, adivinadores de fin de semana y brujas con programa propio de televisión. En casos de extrema emergencia en los que añorábamos el recogimiento y el silencio del templo religioso nos refugiábamos en cualquier centro comercial y mientras duraba la visita matábamos el mono.

Cuando en 1995 Ramonet acuña la expresión "pensamiento único" describe una sensación claustrofóbica que experimentan los inadaptados. "Atrapados. En las sociedades actuales, cada vez son más los ciudadanos que se sienten atrapados, empapados por una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esta doctrina es el pensamiento único, el único autorizado por una

---

<sup>7</sup> Cf. BRUNE, F.: "Mitologías contemporáneas: sobre la ideología hoy"; en PCPU, p. 19.

invisible y omnipresente policía de la opinión"<sup>8</sup>. Pero no sólo había inadaptados sino también excluidos de la bonanza creada al abrigo de la globalización. Los problemas permanecieron en su sitio y aún se hicieron mayores porque resultó que la economía globalizada exigía un nivel de competitividad mucho mayor. Los países menos preparados se empobrecieron todavía más y los desequilibrios aumentaban. La economía global pronto mostró su rostro más hostil: un componente darwinista que engullía a los menos adaptados a las nuevas condiciones impuestas por el mercado. Y así el primer principio del pensamiento único, señalado por Ramonet, "tan potente que un marxista distraído no lo cuestionaría: la economía supera a la política"<sup>9</sup>, reveló el carácter ideológico de la globalización.

No se trata, entiéndase bien, de negar la nueva economía que irremisiblemente gobierna el mundo por encima de los Estados nacionales, ni sus valores que, sin duda, existen. Se trata de discernir, si es posible en medio de tanto fuego de artificio, el mito de la globalización de su auténtica realidad. El sociólogo Françoise Brune habla de cuatro pilares sobre los que se ha construido el discurso dominante de la globalización. 1) *El mito del progreso*. Los medios de comunicación cultivan el chantaje del retraso, de tal forma que quedarse atrás genera angustia. El progreso, el cambio, es una realidad y al mismo tiempo una forma de ideología. 2) *La primacía de la técnica*. También la técnica es una forma de ideología además de ser una realidad cotidiana en nuestras vidas cuya principal metáfora es la velocidad. Todo lo que se presente bajo el concepto de técnica es positivo, sin plantearse los fines que persigue ni las repercusiones de su utilización. Ante la técnica, las gentes se abstraen en el "cómo" y descuidan la cuestión del "por qué" y del "para qué". 3) *El dogma de la comunicación*, que podríamos resumir en la máxima "si no estás conectado estás perdido". La televisión, por ejemplo, es una ventana abierta al mundo pero acaba imponiendo una visión del mundo al ciudadano. 4) *La religión de la época*. Apelar al concepto de época es un mito cómodo porque al invocar sus valores se intenta someter al individuo a los mismos<sup>10</sup>.

Inmersos en un mundo tan efímero nos parece normal y hasta lógico renovar cada poco tiempo el ordenador personal para no quedarnos atrás. Viajamos a toda prisa por autopistas de la información porque teníamos la tarde libre. Cogemos, en fin, el coche para ganar tiempo y lo perdemos en cualquiera de los atascos que saturan nuestras ciudades. Podemos comunicarnos con la China y no somos capaces de hablar con el vecino de enfrente. Sobreexplotamos los recursos naturales sin darnos cuenta de que es pan para hoy y hambre para mañana. Provocamos catástrofes ecológicas de difícil y lenta reparación, considerándolas como daños colaterales del progreso.

---

<sup>8</sup> RAMONET, I.: "Pensamiento único"; en PCPU, p. 15.

<sup>9</sup> RAMONET, I.: Op. cit. p. 16.

<sup>10</sup> BRUNE, F.: Op. cit. pp. 20-23.

Instalados en esta especie de esquizofrenia colectiva, la tarea de encontrar sentido se ha vuelto poco menos que una misión imposible. Más, si cabe, porque las estructuras e instituciones tradicionales también han cambiado, algunas se han vuelto inservibles y otras se han integrado en entidades supranacionales. También los grandes Estados nacionales han tenido que soportar los embates de la globalización, viendo muy mermadas sus antiguas funciones y recortado el alcance de sus plenos poderes.

## Glocalización

Esto es un hecho: las empresas en la era de la globalización no conocen fronteras. Han sido varios los autores que han señalado el fin del Estado Nación tras el advenimiento de la globalización. En un trabajo reciente sobre el papel de los gobiernos en la economía global, el norteamericano Robert Kuttner nos dice al respecto: "Las grandes empresas mundiales están envueltas hoy en una oleada sin precedentes de fusiones, adquisiciones y concentraciones mundiales. Se han convertido no sólo en centros de acumulación de poder económico y financiero, sino en portadoras de la ideología dominante, globalizadora y de *laissez-faire*. A medida que aumenta su poder económico, también crece su alcance político e intelectual, a expensas de las naciones-estado que, en otro tiempo, servían de contrapeso al poder económico privado mediante objetivos públicos y políticas de estabilización nacional"<sup>11</sup>. La sociedad mundial nos conduce a un *nuevo mundo* ubicado en una tierra de nadie: entre los Estados nación y las sociedades mundiales. Los peligros de una indefinición de esta naturaleza se dejaron sentir muy pronto en un cierto vacío de poder. ¿A quién corresponde establecer y aplicar el derecho transnacional? ¿Quién persigue la criminalidad transnacional y qué entidad judicial planetaria juzga a los terroristas transnacionales? ¿Quién establece las directrices de una política cultural transnacional? o ¿Quién se ocupa de los movimientos sociales transnacionales?

Asistimos a un cambio de escala en el funcionamiento de nuestras sociedades que amenaza con dejar obsoleto el modelo democrático aplicado dentro del ámbito de los estados nacionales. Aunque lo que está en juego no es sólo el modelo de funcionamiento político sino también la propia identidad, homogeneidad y estabilidad económica que dependía directamente de los Estados. En estos nuevos tiempos, funciones y dimensiones centrales de los Estados están seriamente puestas en cuestión, caso de la seguridad, la soberanía, la fiscalidad. Igualmente, los riesgos medioambientales o sanitarios no tienen fronteras. Y, como estamos comprobando

---

<sup>11</sup> KUTTNER, R.: "El papel de los gobiernos en la economía global"; en GIDDENS, A. y HUTTON, W. (eds.): *En el límite. La vida en el capitalismo global*; Tusquets Ed., Barcelona 2001, p. 209.

también, en nuestros días la criminalidad y el terrorismo internacional desborda, las funciones de seguridad de los Estados<sup>12</sup>. De esta manera, en la era de la globalización ha surgido un nuevo espacio cuya regulación está todavía pendiente de determinar. A este hecho se refiere Kuttner cuando afirma que "a pesar de la nueva tecnología, lo que ha cambiado no es tanto la dinámica fundamental de los mercados como el territorio donde se regulan y, con él, el equilibrio de fuerzas políticas. Si los mercados son globales, sus reguladores tiene que tener también ámbito mundial. Pero no tenemos un gobierno mundial (ni deberíamos tenerlo probablemente), y sólo unas instituciones transnacionales de gobierno absolutamente débiles. Las empresas, se dice alegremente, han dejado obsoleto el mandato de las naciones-estado"<sup>13</sup>.

Considerado en su conjunto, el problema sólo ofrece dos vías de solución: o los Estados tradicionales recuperan parte del poder perdido o hay que crear nuevas instituciones transnacionales de gobierno en las que colaboren los estados nacionales. A esta última, se la ha bautizado como tercera vía y ha tenido entre sus ideólogos a Anthony Giddens, defensor de los Estados transnacionales como "utopías realistas", supongo que frente a otras utopías más lejanas como la de una ideal "unión de la humanidad". Ulrich Beck ha caracterizado en cuatro puntos el modelo de Estado transnacional. 1) "los Estados transnacionales son en primer lugar *no-Estados nacionales*, y por tanto también *no-Estados territoriales*. 2) "Niega de hecho el Estado nacional si bien afirma el (concepto) de Estado". 3) "*no* son tampoco Estados *internacionales* ni Estados *supranacionales*". 4) "Son Estados *glocales*", entendidos como provincia de la sociedad mundial"<sup>14</sup>.

La resolución del asunto a través de esta tercera vía acentúa un problema al que ya se enfrentaban las sociedades modernas: cuanto más lejano del individuo, de su circunstancia y problemas cotidianos se sitúan los órganos de gobierno y decisión política más indiferente y perdido se encuentra. Lo que nos devuelve a la cuestión del sentido y de la identidad del hombre situado en un espacio que ni siquiera es transnacional sino virtual. Un subterfugio recurrente es refugiarse en un individualismo extremo: el individuo como fuente de sentido y límite del mundo. En la era de la globalización, del mundo sin fronteras, de la lengua de los negocios erigida en lengua de comunicación universal, el hombre ha vuelto la mirada hacia la realidad concreta y local como fundamento de su identidad y fuente de sentido. De tal forma que globalización y localización son dos caras de la misma moneda. Y así, a la fuerza centrípeta de una uniformización alienante en lo relativo a modelos culturales, condiciones de vida, sistema de valores, se opone la fuerza centrífuga de una identidad arraigada en la cultura, la lengua y los valores propios de la realidad

---

<sup>12</sup> Cf. ALVAREZ YAGÜEZ, J.: "O debate da filosofia política nun contexto transnacional"; en AA.VV.: *Globalización e cambio de milenio*; Ed. Xerais, Vigo 2001, p. 86.

<sup>13</sup> KUTTNER, R.: Op. cit. p. 217.

<sup>14</sup> BECK, U.: Op. Cit. pp. 154-155.



cercana al individuo. "Globalización y localización -escribe Mattelard- son dos aspectos del mismo fenómeno, hasta el punto de que, desde comienzos de los años ochenta, la dinámica de la globalización ha provocado otro movimiento antagonista: la revancha de las culturas particulares"<sup>15</sup>. Interpretese o no como revancha frente al movimiento homogeneizador de la globalización, lo cierto es que en progresión creciente el hombre comienza a sentir nostalgia de las diferencias que marcaban las coordenadas de su mundo y de su identidad.

Este fenómeno ha sido detectado y analizado por múltiples autores, sirviendo incluso para realizar una serie de reajustes en los procesos productivos globalizados. La empresa no tarda en percatarse de que el modelo que funciona es el que interrelaciona los tres niveles que hasta entonces permanecían prácticamente estancos: el local, el nacional y el internacional. "En un mercado mundializado -nos dice por ejemplo Mattelard- es necesario que cada estrategia de la empresa-red sea local y global al mismo tiempo. Esto es lo que quieren decir los empresarios japoneses con el neologismo *glocalice*, contracción de *global* y *local*"<sup>16</sup>. El paradigma de la nueva era ya no es "pensar global y actuar local", sino tal como señala John Naisbitt justamente el inverso: "pensar local y actuar global". Se comienza desde la propia circunstancia cultural abriendo círculos concéntricos cada vez más amplios para no perder los lazos que nos unen a la tierra el sentido de nuestra existencia individual y comunitaria.

La recuperación de las señas de identidad comunitarias desafían abiertamente la vorágine homogeneizante de la globalización. Trincheras de resistencia cultural se han levantado en el nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, etc. "Atrapados entre estas dos tendencias opuestas -nos dice Castells- se pone en entredicho al estado-nación soberano y representativo"<sup>17</sup>. Y el economista y profesor Xaime Isla Couto, en un trabajo dedicado al tema, concluye: "Nos encontramos hoy, pues, con un cambio radical de paradigma, que rompe con la concepción puramente subsidiaria del desarrollo económico lineal o de la visión estática tradicional cerrada en sí misma, para abrirla hacia adentro en la promoción original de aquella libertad y dignidad colectiva, y hacia afuera en la búsqueda sinérgica de nuevas comunidades transfronterizas y transnacionales, e invitándonos a una acción transformadora de nuestra esquizofrénica realidad actual"<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> MATTELARD, A.: "¿Cómo resistir a la colonización de las mentes?"; en PCPU, p. 26.

<sup>16</sup> MATTELARD, A.: "Los nuevos escenarios de la comunicación mundial", PCPU, p. 222.

<sup>17</sup> CASTELLS, M.: *La era de información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*, Alianza Ed. Madrid 1999(2), p. 24.

<sup>18</sup> ISLA COUTO, X.: "A globalización como marco para o estudo e desenvolvemento da economía galega"; en *Congreso de Economía de Galicia: Desenvolvemento e globalización*; Universidad de Santiago, 1999, p. 32.

## Los excluidos

La globalización tiene sus luces y sus sombras, sus puntos ciegos, revestidos de mitologías, supersticiones, ideologías y miedos<sup>19</sup>. En ocasiones, se trata tan sólo de pequeños desajustes, de procesos de adaptación a un nuevo modelo de sociedad que avanza y se generaliza en el plano transnacional. En un mundo cada vez más abierto y dinámico tanto los individuos como las naciones deberán mostrar un elevado grado de flexibilidad para adaptarse a las nuevas realidades. Pero no es menos cierto que el ritmo impuesto por la economía globalizada, el nivel de competitividad y de especialización va a dejar fuera inexorablemente a un conjunto de países cuyo incipiente desarrollo tecnológico e industrial no les permitió subirse al tren de la nueva economía. Las desigualdades entre países, lejos de nivelarse, irán aumentando si no se aplican políticas para paliar este desfase, si no se aumentan las medidas de solidaridad y de ayuda al desarrollo.

Nos hallamos de nuevo ante otro de los fenómenos paradójicos nacidos al amparo de la globalización: la fragmentación y segmentación entre países y grupos sociales excluidos de las corrientes globalistas e igualitaristas que recorren el planeta. "La mundialización de las economías y de los sistemas de comunicación - escribe Mattelard- es indisociable de la creación de nuevos desequilibrios entre países y regiones, y entre grupos sociales; en otras palabras, nuevamente exclusiones. (...) La globalización corre pareja a la fragmentación y a la segmentación. Se trata de las dos caras de una misma realidad en proceso de descomposición y recomposición"<sup>20</sup>. "Excluidos", he aquí un concepto que tristemente no es nuevo en la historia de la humanidad. Un concepto que pone en cuestión el mundo feliz de la globalización, que añade sombras y matices al boceto de un mundo exclusivamente luminoso. No son cientos, ni siquiera miles, sino millones los seres humanos condenados a la miseria y a la exclusión. No reconocer este hecho, tildando a toda crítica de grosera e injustificada, impedirá cualquier tipo de esfuerzo por corregir sus desvíos. Sólo poniendo al descubierto las contradicciones que lleva implícitas la globalización podremos comenzar a superarlas. Entre dichas contradicciones se halla naturalmente "la paradoja de que el sistema que todo lo *engloba*, lo incluye y lo incorpora en su marcha, *excluya* al mismo tiempo económica, política y culturalmente a la inmensa mayoría"<sup>21</sup>.

Beneficiarios de la nueva economía han sido los países del primer mundo, que con mayor o menor dificultad, según los casos, se han integrado en la sociedad de redes presentada por Castells en su correcta radiografía de los nuevos tiempos. Los

---

<sup>19</sup> Cf. GARCÍA ROCA, J.: "Globalización económica y solidaridad humana", en en AA.VV.: *La globalización y sus excluidos*; Ed. Verbo Divino, Estella, 1999 (2), p. 97 (en adelante GyE).

<sup>20</sup> MATTELARD, A: "Los nuevos escenarios de la comunicación mundial", pp. 225-226.

<sup>21</sup> ZAMORA, J. A.: "Prólogo", en GyE p. 11.

perjudicados, los países del tercer mundo que sufren la doble condena de tener que sobrevivir en condiciones precarias, cuando no en la más absoluta pobreza, mientras contemplan a través de los medios de comunicación planetaria la abundancia e incluso derroche de las economías globalizadas. ¿Se trata de un desequilibrio buscado o simplemente aparecido como daño colateral de la economía globalizada? Las opiniones son para todos los gustos. Para el economista Juan Francisco Martín Seco, "la tan manida división entre centro y periferia, entre Norte y Sur, es algo más que una realidad desagradable con la que estamos obligados a vivir, es el resultado querido y provocado en el plano internacional por un sistema y unas relaciones de producción radicalmente injustas. (...) No es cierto que, como ha dicho Rostow, sea un problema de tiempo y de etapas, sino más bien que, tal como ha sido afirmado por infinidad de autores, el precio de la prosperidad del centro es la pobreza de la periferia"<sup>22</sup>.

Nos quedemos con una interpretación u otra, lo cierto es que el caramelo, bellamente envuelto, de la abundancia del Norte atrae, inevitablemente, a millones de seres humanos empobrecidos del Sur con la esperanza puesta en poder mejorar sus condiciones de vida. La emigración al primer mundo se presenta ante millones de ojos como la tabla de salvación para escapar a una vida miserable. Pero he aquí que una economía globalizada que no conoce fronteras en cuanto al tránsito de capitales, productos y de la ideología que previamente ha creado la necesidad de consumirlos, sí establece fronteras infranqueables al tránsito de personas. "Los mercados laborales -constata Manuel Castells- no son verdaderamente globales". Para precisar posteriormente: "si existe una economía global debería haber un mercado laboral global. No obstante, al igual que muchas otras afirmaciones obvias, tomada en su sentido literal, es errónea desde el punto de vista empírico y engañosa desde la perspectiva analítica. Aunque el capital fluye libremente en los circuitos electrónicos de las redes financieras globales, la movilidad del trabajo sigue siendo muy limitada, y lo será en el futuro predecible, a causa de las instituciones, la cultura, las fronteras, la política y la xenofobia"<sup>23</sup>.

Otra nueva paradoja: "ante la evidencia de una economía sin fronteras emerge la evidencia de las fronteras de la economía"<sup>24</sup>. Y con ella la necesidad de incorporar matices al cuadro de la globalización, pintado a brocha gorda. Efectivamente, en la retórica de la globalización alguien se olvidó de incluir la letra pequeña. Asombrados por las grandes cifras macroeconómicas nadie reparó en la necesidad de hacer números por las cuentas de la vieja. Hablemos claro: ni el comercio es tan global y abierto como se cuenta, puesto que los países siguen practicando medidas proteccionistas, ni salen todos los países igualmente beneficiados en este asunto de

---

<sup>22</sup> MARTÍN SECO, J. F.: "Norte y Sur: las dos caras de la globalización", GyE p. 17.

<sup>23</sup> CASTELLS, M.: *La era de la información*, vol. I, pp. 120 y 260, respectivamente.

<sup>24</sup> TORTOSA, J. M<sup>l</sup>.: "Viejas y nuevas fronteras: los mecanismos de la exclusión"; GyE, p. 57.

la globalización del capital. No voy a señalar con el dedo quien gana y quien pierde en el juego de la globalización porque me han enseñado que es una cosa muy fea pero no tengo la menor duda que todos ustedes habrán pensado ya en media docena de países.

Buscando delimitar las grandes exclusiones asociadas con la mundialización, el sociólogo José María Tortosa establece un cuadro alrededor de cuatro conceptos fundamentales. 1) *Clasismo*: Los que no saben aprovechar los dictados del mercado quedan excluidos. 2) El *sexismo*, atávica división social del trabajo, derivada del patriarcado y relacionada con la dualización de la economía y con la economía sumergida. 3) *Racismo*, atávica y animal xenofobia, acentuada en el caso de los perdedores de la globalización. 4) *Nacionalismo*, forma de estructurar el sistema mundial, convirtiéndolo en un sistema interestatal que acelera la debilidad de los sistemas periféricos<sup>25</sup>. Con parecido propósito, el profesor García Roca establece en seis puntos las dinámicas excluyentes de la globalización. 1) Crecimiento económico excluyente y selectivo. 2) Institucionalización de la exclusión, instaurando una competitividad feroz que provoca la muerte física, cultural y legal de amplias franjas poblacionales. 3) De la dependencia a la exclusión, no sólo del tercer mundo, sino de los más desfavorecidos del primero. 4) La carrera hacia el fondo, en lo relativo a trabajo, salarios, etc. 5) El desplazamiento del capital productivo por el especulativo que no crea empleo. 6) Las prácticas de dominación, conquista y colonización<sup>26</sup>. En razón de este último punto, diversos autores han hablado de formas y prácticas neocoloniales con relación al expansionismo globalizador.

La lucha contra la exclusión sería, en realidad, la lucha en favor de la estabilidad de propio sistema mundial. No evitar la desigualdad extrema entre naciones significa asumir el riesgo de que ésta pueda acabar con el propio sistema. ¿Quién puede garantizar que la energía contenida del tercer mundo, mucho más poblado que el primero, no explote un día, liberando una violencia que desestabilice eso que recientemente se denomina el "orden mundial"? ¿Quién no ha pensado alguna vez en la revancha de las culturas excluidas?

### La necesaria respuesta ética

Enderezar el rumbo de la globalización no es tarea imposible, ni muchos menos una gesta de dioses. Es una empresa que estoy seguro que los hombres pueden acometer, sin embargo, usaré el condicional como tiempo verbal más idóneo en lo que sigue. Esta sería la vía de la *ética positiva*, fronteriza con lo utópico.

---

<sup>25</sup> Cf. Op. Cit. pp. 65-66.

<sup>26</sup> Cf. GARCÍA ROCA, J.: Op. Cit. pp. 106-112.

La globalización es una nave cuyo compás se ha desviado y cuanto más navega más se aleja de su punto de destino. Enderezar el rumbo de la globalización equivaldría a apostar por un verdadero proceso de universalización de los valores humanos que comenzaría con la percepción de los problemas, estableciendo a continuación las soluciones que devuelvan la dignidad a todos los hombres. Para la realización del primer objetivo sería imprescindible levantar la sentencia de muerte que pende sobre cualquier opinión crítica. No se trataría tanto de seguir una línea determinada que diésemos en llamar pensamiento crítico, cuanto recuperar la función crítica del pensamiento. Esta es la única vía que conozco para salir de esa doctrina viscosa y paralizante llamada pensamiento único. Para la consecución del segundo sería preciso, en cambio, fijarse una serie de objetivos que conllevarían no sólo medidas en el ámbito económico sino sobre todo un unánime compromiso moral del hombre con el hombre.

Solo así sería posible erradicar la pobreza para que todos los hombres vieran satisfechas sus necesidades básicas, físicas y espirituales (hambre de pan y de justicia, de cultura y de paz). Los desterrados, expatriados, desplazados, emigrados, deportados, exiliados, refugiados, desaparecerían tan pronto como su propia tierra les ofreciese sustento y libertad para desarrollar una vida digna. ¿Quién dudaría, entonces, en la posibilidad cierta de una ciudadanía mundial? Derechos y deberes serían, por supuesto, universales, los derechos humanos y los derechos del planeta tierra, compartido con el reino animal y el reino vegetal. El respeto al otro, a su cultura y su lengua, a sus creencias religiosas, no tendría tampoco por qué ser incompatible con una globalización de la economía cuyo centro fuese el hombre. Marx hablaba de una dictadura del proletariado como fase inicial para la consecución de la sociedad comunista. Ahora habría que pensar en una dictadura de la solidaridad, de la generosidad y de los fondos de compensación que inicialmente sería necesario habilitar para la consecución de la sociedad humana universal. No niego que la dirección de esta globalización no sigue los derroteros de la actual, pero tampoco es irrealizable. Hoy soñamos lo que mañana puede acontecer.

Existe una segunda vía, alternativa en cuanto a los medios, pero coincidente en lo relativo a los fines, que se construye apelando a una ética negativa. Para hablar de ella habrá que ir alternando dos formas verbales: el infinitivo y el imperativo.

La globalización es una nave cuyo compás se ha desviado y cuanto más navega más se aleja de su punto de destino. Enderezar el rumbo de la globalización supone apelar a cualquiera de las propuestas éticas que muestren las consecuencias fatales a las que se enfrenta el hombre si persiste en sus acciones. José Antonio Zamora, profesor y coordinador de Foro "Ignacio Ellacuría", sintetiza alguna de estas propuestas en su intento de responder al interrogante ¿Cómo afrontar moralidad, justicia y solidaridad a escala mundial? 1) Apelar al egoísmo razonable. Por propio interés, la única respuesta adecuada a las amenazas globales que se ciernen sobre

nosotros es la solidaridad universal. Aun sin cuestionar su efectividad, el valor moral de esta propuesta es más que dudoso. 2) Apelar al temor responsable. Hans Jonas, en un libro clásico del año 1979, *El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, nos hace reparar en las nuevas dimensiones de la acción humana y en la necesidad de reformular el imperativo categórico de Kant, obsoleto ante las nuevas modalidades de la acción humana: "«Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra»; o, expresado negativamente: «Obra de tal modo que los efectos de tu acción no sean destructivos para la futura posibilidad de esa vida»"<sup>27</sup>. El principio de responsabilidad propuesto por Jonas viene decretado por una heurística del temor y el respeto, ante los peligros que para la vida del hombre y de su medio supone la civilización tecnológica. Siempre he considerado enormemente realista la reflexión de Hans Jonas, pero bastante decepcionante el hecho de tener que acudir al miedo para reconducir los destinos del hombre. 3) Apelar a la justicia, esto es, situarse en el plano de lo exigible y no de lo voluntario o aconsejable. La máxima de acuerdo con esta nueva orientación varía notablemente «Actúa de tal modo que todos los afectados por tu acción estén dispuestos a asumir las consecuencias de la misma, tras un diálogo celebrado en condiciones de simetría». 4) Apelar a la solidaridad compasiva. El clamor de los que sufren conmueve el corazón de los acomodados. Es su conciencia la que les lleva a actuar solidariamente para detener el mal. La máxima aplicable a esta propuesta ética viene muy a cuento con nuestra reflexión fronteriza: "Sólo es universalizable una acción cuando beneficia al que está peor situado y muestra, de este modo, su potencial fuerza para ampliar el 'nosotros' y romper las fronteras"<sup>28</sup>. El sufrimiento es, por así decir, el detonante que lleva al comportamiento moral sin que medie una reflexión previa sobre los fundamentos del bien o de la vida buena. Es una moral para casos desesperados y urgentes, me recuerda al cigarrillo y al fósforo alojados en una cápsula de vidrio en la que se puede leer el siguiente mensaje: "Only in emergency case".

¿Habrà un camino intermedio, una tercera vía para la moral que reconduzca el individualismo exacerbado de los nuevos tiempos? Charles Taylor lo ha ensayado en su *Ética de la Autenticidad*, reconstruyendo los síntomas que explican el malestar de la modernidad, para apelar después a la autenticidad, tanto en el plano individual como comunitario, como la necesaria contrapartida ética. Los rasgos de nuestra cultura experimentados como declive o pérdida los cifra Taylor en tres aspectos

---

<sup>27</sup> JONAS, H.: *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*; Suhrkamp, Frankfurt 1979, p. 36.

<sup>28</sup> Cf. ZAMORA, J. A.: "Globalización y cooperación al desarrollo: desafíos éticos", en GyE, pp. 208-217.

fundamentales: el individualismo, el desencantamiento del mundo y los que surgen en el plano de la política<sup>29</sup>.

El individualismo, que desde una acepción positiva puede ser visto como el logro más admirable de la civilización moderna, un derecho defendido por nuestros sistemas legales, supone también la pérdida de la dimensión heroica de la vida. No existe ningún fin elevado por el que valga la pena morir. Este individualismo coincidiría con la radicalización de la intimidad, descrita por Hannah Arendt, como uno de los descubrimientos del hombre moderno. "El descubrimiento moderno de la intimidad -escribe esta autora- aparece como una evasión del mundo exterior, un refugio buscado en la subjetividad del individuo protegido en otro tiempo, abrigado en el dominio público"<sup>30</sup>. Claro que en su descripción de la condición del hombre moderno el plano de lo íntimo se simultaneaba como el plano de lo público y de lo social. Ahora, en cambio, el lado oscuro del individualismo supone centrarse en el yo, aplanando y estrechando la vida del hombre, empobrecida de sentido tras perder todo interés por los demás o por la sociedad. ¿En que medida las condiciones impuestas por la globalización pudieron contribuir a ello? Ya he incidido en cómo la fragmentación y segmentación que crea el globalismo, unido a la soledad del individuo frente a lo transnacional, pudo haber acelerado el actual individualismo. Aunque no es menos cierto que es la salida más cómoda, despreocupada e inmoral, comparada con respuestas posibles a estos mismos fenómenos derivados de los nuevos tiempos. Así, al lado de la permisividad social, del narcisismo o de la llamada generación del "yo", han aparecido fenómenos como la potenciación de la iniciativa cívica frente al Estado, la solidaridad o la recuperación de la identidad comunitaria, respuestas de mayor compromiso ético que dignifican al hombre.

Tal individualismo está en íntima conexión con el desencantamiento del mundo. En un mundo en el que prima la razón instrumental, el cálculo más económico de los medios para alcanzar un fin dado, la eficacia máxima se convierte en el objetivo principal de nuestras acciones, con independencia de valor moral y de las consecuencias de las mismas para los demás o para el entorno. Formas del crecimiento económico tales como las inherentes a una globalización ajena al hombre encuentran una legitimación perfecta en este predominio de la razón instrumental. El olvido de la cuestión del porqué de la tecnología frente al cómo, la insensibilidad ante las necesidades y el cuidado del medio ambiente, el carácter efímero de la producción, son también derivaciones de una razón instrumental que pone en segundo plano los valores humanos.

---

<sup>29</sup> Cf. TAYLOR Ch.: *La ética de la autenticidad*; Paidós, Barcelona, 1994, pp. 38 ss.

<sup>30</sup> ARENDT, H.: *Condition de l'homme moderne*; (Prólogo de Paul Ricoeur), Calimman-Lévy, 1991 (reimpr.), p. 111.

Por último, tal como ya había sucedido en la cultura helenística, el hombre pierde interés por la política. Nos refugiamos en nuestra vida privada renunciado a participar en lo político. El ciudadano se queda sólo frente a un Estado burocrático que ve distante y disminuye su interés participativo en la construcción social. Una inercia que se ve agravada cuanto más lejanas son las instancias políticas. Nosotros lo comprobamos a la perfección en la disminución en los índices de participación que arrojan los comicios al parlamento europeo. La progresión sería geométrica siuviésemos que decidir sobre el funcionamiento de entes transnacionales a los que apunta la nueva economía.

Frente al malestar de la cultura moderna, concretado en los tres aspectos mencionados, Taylor propone la autenticidad como ideal moral. La moralidad posee una voz interior, cuyos precedentes filosóficos remiten a San Agustín o Descartes, entre otros, que ahora se trata de recuperar para ser fiel a uno mismo. "Ser fiel a uno mismo -escribe Taylor- significa ser fiel a la propia originalidad, y eso es algo que sólo yo puedo enunciar o descubrir"<sup>31</sup>. Pero, a la vez, esta autenticidad no desemboca en el solipsismo o el individualismo porque el rasgo general de la vida humana que evoca este autor como realización de la persona es el de su carácter fundamentalmente dialógico que nos conduce al otro. "(Nuestra identidad) queda definida siempre en diálogo, y a veces en lucha, con las identidades que nuestros otros significativos quieren reconocer en nosotros"<sup>32</sup>. La identidad llevaría espontánea y naturalmente al reconocimiento del otro. Además de este reconocimiento que se establece en el plano individual, Taylor habla de un reconocimiento social, cuyo principio crucial es el de la justicia, la igualdad de oportunidades y el reconocimiento universal de la diferencia. Este respeto a la diferencia, a la diversidad cultural es el centro de la cultura contemporánea de la autenticidad, frente a las formas egocéntrica o nihilistas (Derrida, Foucault) que genera la actual sociedad tecnocrática y burocrática.

La autenticidad tendría, por tanto, el doble matiz de ser fiel a uno mismo en relación con la totalidad que nos sirve de referencia. El problema es que vivimos en una sociedad fragmentada en la que sus miembros no comparten un sentido comunitario. Frente a este problema que sintetiza en buena medida las dificultades de encontrar sentido del hombre actual, Taylor propone una solución coincidente con el espíritu de las dos respuestas éticas presentadas más arriba: "invertir el rumbo de la deriva que el mercado y el Estado burocrático engendran"<sup>33</sup>. Curiosamente, también para este autor canadiense, la sociedad en la era de la globalización se

---

<sup>31</sup> TAYLOR, Ch.: Op. cit. p.65.

<sup>32</sup> Op. cit. p. 69. Uno de los aspectos contemplados por Paul Ricoeur en su obra *Soi-même comme un autre* es justamente éste, ampliado en el caso del filósofo francés con la introducción del concepto de identidad narrativa. Cfg. RICOEUR, P.: *Soi-même comme un autre*, Seuil, París 1990.

<sup>33</sup> TAYLOR, Ch.: Op. cit. p. 145.



asemeja a esa nave cuyo compás se ha desviado y cuanto más navega más se aleja de su punto de destino.

## **Conclusión**

¿Significa todo lo dicho que es falaz la consideración de que la globalización conduce hacia un mundo sin fronteras? Creo haber mostrado cómo, también en la nueva era, persisten múltiples fronteras que separan a los hombres, bien que algunas se disimulen bajo distintas máscaras. Es cierto, no obstante, que han caído otras, especialmente en el ámbito económico-financiero, en el ámbito de la información y de las comunicaciones. De lo que se trataría, a mi modo de ver, es de aprovechar este movimiento globalizador, aplicado con éxito en los ámbitos mencionados, para acercarlo al mundo de la ética y de los valores humanos. Si al conjunto de las globalizaciones regionales pudiésemos añadir otras como la globalización de la solidaridad con los más desfavorecidos, la globalización del bienestar para aquellos pueblos en vías de desarrollo, la globalización de los bienes culturales, la globalización de la noción de ciudadanía para que todos los hombre pudiesen circular libremente por el mundo, la globalización de los derechos humanos y de las libertades individuales y colectivas, habríamos alcanzado sin duda la utopía de un mundo sin fronteras. Mientras tanto cada cual vaya derribando las fronteras que tiene en su próximo derredor. Y..., quién sabe, puede que en un día no muy lejano otra persona reescriba este mismo discurso, suprimiendo el incómodo y hasta ofensivo interrogante que figura en su título.